

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 231.—SÁBADO 30 DE JULIO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## EL SEPULCRO DE MORATIN

EN EL CEMENTERIO DE PARIS.

El real decreto de 15 del corriente que dispone la traslación á Madrid de los restos mortales de D. Leandro Fernandez de Moratin, depositados hoy en el cementerio apellidado del Padre La Chaise en Paris, responde á uno de esos pensamientos intuitivos en todo buen patriota; á uno de aquellos generosos impulsos de amor propio que impele á las naciones al entusiasmo y al culto de su gloria. La bien sentida exposición del presidente del consejo de ministros que precede al real decreto, refleja completamente en este sentido el pensamiento nacional; y por nuestra parte, al tributar á la Reina y al gobierno la humilde expresion de gratitud y simpatía por haber acertado á satisfacer en esta parte el sentimiento público, se nos permitirá recordar que fuimos los primeros que á consecuencia de un viaje hecho á la capital francesa en 1840 y 1841, y cuyos Recuerdos publicamos después, llamamos la atención de nuestros compatriotas hacia el modesto y casi ignorado sepulcro del grande Inarco Cervantes; le describimos minuciosamente, le hicimos dibujar y grabar á nuestra vista, y acompañamos el grabado á su descripción. La oportunidad actual, y algunas expresiones que debemos añadir respecto á la proyectada traslación, nos obliga á reproducir aquí aquella descripción y grabado.

He aquí las palabras que entonces le dedicamos:

«El cementerio principal de Paris llamado del Padre La Chaise, es un vasto y magnífico jardín que desde los primeros años del siglo actual en que fué destinado á este sagrado objeto, se ha visto cubierto de muchos miles de monumentos artísticos de la mayor magnificencia, y lo que es mas, ilustrado con la rica aureola de gloria que derraman por su recinto los muchos nombres ilustres esculpidos en sus lápidas funerales. En aquella soberbia Necropolis (ciudad de los muertos) en que entre dos generaciones han venido á pagar el tributo un Foi y un Benjamin Constant, un Cuvier y un Talma, un Perrier y un Ney, y Massena y un Souchet, grandes reputaciones de su siglo; en aquel sagrado recinto, que no contento con ellas ha llamado á

tan espléndido y mudo congreso los nombres gloriosos de los siglos anteriores, y recogido bajo su tierra amiga los restos del escritor famoso de la corte de Luis XIV, el admirable Moliere; del intérprete de la naturaleza Lafontaine; del caustico Beaumarchais y del tierno Delille; que ha levantado con los escombros del Paracelto una bella tumba gótica para los desgraciados amantes Abelardo y Eloisa; en aquel jardín, en fin, que renueva la memoria del Eliseo de Virgilio, ó sea la espléndida evocacion de todas las sombras venerables de los que en las armas, en las letras ó en la tribuna defendieron é ilustraron á su patria, no puede menos de conmoverse profundamente el hombre sensible ó el viajador filósofo que atravesando sus bellos bosques, sus graciosas colinas y sus variados paseos, se halla detenido á cada paso con la multitud de fúnebres monumentos, las estatuas y nombres de las personas célebres que encierra.

Ningun sitio fuera de la capital ofrece puntos de vista mas pintorescos y variados; y aun considerado meramente bajo el aspecto artístico, puede calcularse el interés que ha de excitar un vasto jardín en que se encuentran mas de cincuenta mil mausoleos de todas las formas y órdenes arquitectónicos, muchos de ellos de extraordinario primor, embellecido el todo por el frondoso ramaje de los árboles y de las plantas, y por el interesante espectáculo de los piadosos parientes y amigos que vienen á rendir á los suyos los mas tiernos homenajes, vertiendo lágrimas sobre sus tumbas, cubriéndolas de flores, y comunicándose con ellos, por decirlo así, á pesar de la muerte; y no se extrañará que á la vista de aquel sublime espectáculo, el extranjero suspenso sienta despertar un movimiento de simpatía por una nacion que sabe respetar así la memoria de sus pasados.—Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interés al encontrar frecuentemente en

un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan la isla de los Españoles. El principe de Mascerano, grande de España de primera clase, reposa tambien allí; bajo un noble mausoleo, y á su lado sobre una lápida moderna que no revela nombre alguno, yace sin duña otro desgraciado español bajo este tierno epigrafe:

*Sur ce noble mortel aucun ruban n'a lui  
aucun titre ne le decore;  
Mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers comme lui  
l'Espagne serait libre encore.*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimento del jardín, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atención del viajero español por el hombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocacion vecino á las dos tumbas de Moliere y de Lafontaine.

Su forma es sencilla, como se ve por el exactísimo dibujo que acompaña á este artículo, reduciéndose á una gran base cuadrada que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción.

Aquí YACE  
D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,  
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,  
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,  
DE INOCENTES COSTUMBRES Y DE AMENISIMO INGENIO.  
MURIÓ EN 21 DE JUNIO DE 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay elegantes dísticos latinos en esta forma.

*Hic jacet Hesperiae decus, immortalis Thalía  
omnibusque carum patriæ lugebit civem.*

*Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus  
magnus scenæ parvens proximus et tumulo*

*Et post fata colit fedus amicitia.  
Manuel Silvela.*

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en francés:

*Concession à perpétuité, six mètres de terrain.  
Sepulture de la famille  
Silvela, et de leur ami  
M. L. F. de Moratin.*

Y mas abajo, en las lápidas de la derecha los nombres de los señores D. Manuel Silvela y Doña Micaela Garcia de Aragon su esposa, que yacen tambien bajo el mismo monumento que elevaron á la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de este inmediatos á la tumba que encierra los del gran Moliere, cuyas huellas siguió en vida y en muerte, fué una feliz inspiracion, y parece que no dejó de haber inconvenientes para realizarla, por estar de antemano ocupado aquel sitio por otras tumbas; pero todo fué vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desden de su patria, acertaron á colocarle al lado de su ilustre modelo y del pintor fabulista, del filósofo Lafontaine.

En el dibujo que hemos hecho sacar á nuestra presencia de todo aquel paisaje, y cuyo grabado, tambien ejecutado en Paris, acompaña á este artículo, se ven otras tres tumbas en



Vista del sepulcro de Moratin en el cementerio del Padre La Chaise en Paris.

aquel sitio elegantes, aunque sencillos mausoleos, levantados á la memoria de sus compatriotas muertos en el destierro por consecuencia de las revueltas civiles.

Bajo un elegante templete circular de mármol formado por ocho columnas y coronado por una cruz se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado D. Mariano Luis de Urquijo, que falleció en Paris en 3 de mayo de 1817 á la edad de 49 años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripción:

*Il fallait un temple á la vertu  
Un asile á la douleur.*

El embajador duque de Fernan Nuñez, el médico Garcia Suelto, el sábio Morales, el marino Guzman de Carrion, la marquesa de Arneva y otros varios compatriotas yacen en







Roberto de Bris.

cion insufrible para el conde el pensar que un hostero se habia convertido en propietario de sus nobles dominios, mientras él y su familia se veian precisados á ocupar una humilde vivienda. A pesar de esto, habian ido á pié á la iglesia, desde bastantes millas, con el objeto de dirigir una mirada de curiosidad á sus felices sucesores. No era este, á la verdad, un sentimiento muy caritativo: así que, al aspecto de la ridícula pareja, que se presentó á su vista, olvidaron de pronto su despecho y sus pesares; pero cuando un exámen mas atento descubrió á la condesa sus brazaletes y sus collares, que no adornaban, sino que hacian resaltar, con notables desventajas, los colorados brazos y el cuello, ennegrecido por el sol, de la grosera consorte del hostalero, quedó aterrada por tan visible profanacion de sus alhajas, y tanto ella como sus hijas lanzaron á la intrusa miradas del mas provocador desprecio: Gertrudis sin embargo las sostuvo con todo el aplomo y sangre fria de esa fatuidad que comunica á cada cual la propia satisfaccion. Este nuevo incidente volvió á llamar la atencion

del público. En vez de dedicarse á las prácticas devotas, todos se dedicaron á espiar á las dos familias rivales, cuyos mas insignificantes gestos servian de comentarios á las malas lenguas del pueblo.

Hacia tiempo que el oficio divino habia comenzado; pero la mayor parte de las cabezas se volvian, y todas las miradas se fijaban maliciosamente, ya en el arruinado conde, ya en el rico hostero, víctimas ambos de las observaciones de los poco devotos feligreses. El mismo predicador, no bien subió al púlpito, no pudo menos de conocer que le costaria gran trabajo atraer la atencion de su rebaño, tan dócil comunmente á la voz del pastor. Por lo tanto, después de una corta oracion, y dejando á un lado el testo de su plática, escojió de pronto el que se presentaba á su vista, é improvisó con tanta elocuencia sobre el abuso de las riquezas, sobre el bajo sentimiento de la envidia que hace nacer en el corazon del hombre el bienestar de sus semejantes y sobre lo indispensable que es la caridad, que al fin consiguió que sus ovejas le escucharan y comprendieran por la exactitud y oportuna aplicacion de sus argumentos.

Concluida la misa, y después que las dos familias rivales atravesaron el umbral de la iglesia, seguidas majestuosamente por el pueblo, queriendo Gaspar hacer ver á cuantos le rodeaban que no era insensible á las exhortaciones del predicador, se acercó al caballero arruinado y le dijo:

—Venga esa mano, compañero, y seamos amigos; acompañadnos tambien á comer en vuestros antiguos cuarteles de invierno; de ese modo romperemos la crisma á una de vuestras añejas botellas de vino del Rhin.

El pobre conde hubiera sucumbido quizás á la tentacion, si la condesa no le hubiese agarrado por el brazo con las mas claras demostraciones de disgusto, en vista de aquel nuevo insulto de Gaspar: pero este, que no se desconcertaba fácilmente, dijo á la noble dama con mas bondad de corazon que tacto:

—La señora condesa hace mal en manifestarse tan impertinente, supuesto que mi invitacion la comprende lo mismo que á estas señoritas: todos nos acomodaremos en mi caruaje, llevando á los niños sobre las rodillas.

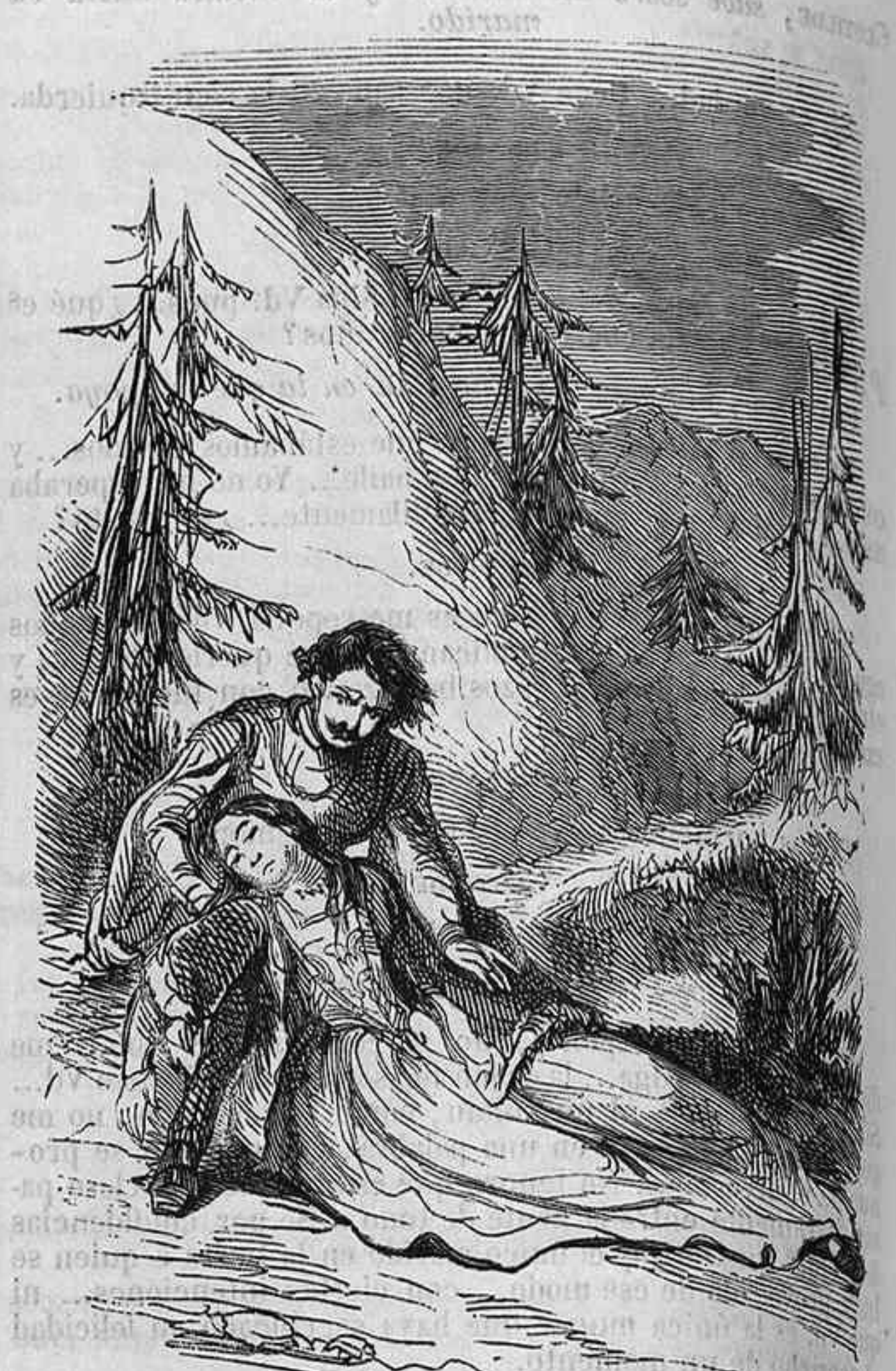
A esta última observacion se sublevó completamente el orgullo de la condesa.

—Has de saber, insolente rústico, le dijo, que las personas de nuestro rango, aun cuando sean pobres, no escojen su sociedad entre tus iguales.

Después de salvar la condesa por todos de este modo brusco el honor de su ilustre casa, se dirigió con su familia hácia el pueblo, en tanto que los Kellermann subian á su magnífico coche, en medio de las pullas y chanzonetas de los ociosos, que contemplaban con delicia el abismo que separaba á los antiguos propietarios de la gran casa solariega de losno menos antiguos poseedores del *Cisne de Plata*.

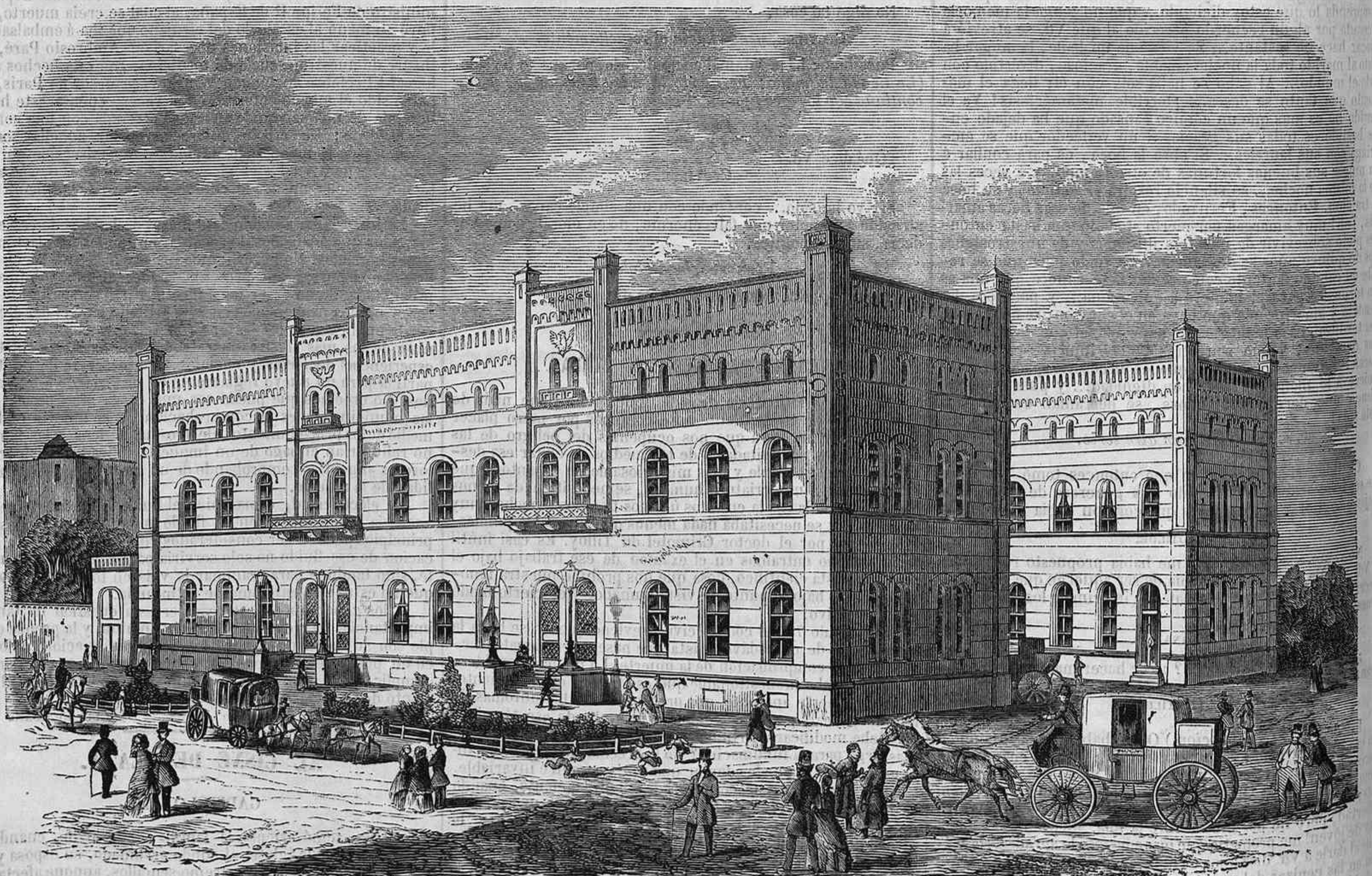
## CAPÍTULO VIII.

Muchos meses trascurrieron desde aquel memorable domingo, durante los cuales, por no esponerse á las solicitudes de los nuevos enriquecidos, tanto el conde como la condesa se abstuvieron de poner los piés en la iglesia; de modo que Gertrudis, dueña del campo de batalla, pudo exhibir libremente y sin que nada la contrariase, á la vista de los atónitos aldeanos sus mas preciosos diges y una coleccion de



El ladrón de la corte.

trages tan vistosos como esquisitos. Con todo, aunque la posicion de Gaspar era brillante y aparecia llena de encantos, tampoco carecia de disgustos. Nadie que se tuviese por mas que él, visitaba á su familia, y esta por su parte tampoco queria familiarizarse con sus antiguos amigos. A excepcion del abogado Wirrwar y unos cuantos de su temple, que se aprovechaban con frecuencia de una mesa opíparamente servida, y en la que comian en platos de plata y bebian en preciosísimas copas, no tenian amigos, ni llegaban por casualidad á su casa personas que pudiesen admirar los magníficos objetos que con tanta vanidad poseian. Gaspar alimentaba muchas veces el secreto deseo de ir al *Cisne de Plata* y de mezclarse con los aldeanos que allí bebian diariamente en la sala comun; pero el orgullo le impedia seguir este noble impulso. Muchas veces tambien, cuando muellemente recostado en su coche, pasaba por las inmediaciones de la que habia sido su hosteria, experimentaba amarga tristeza al escuchar las alegres carcajadas que de ella salian, y se preguntaba con



Nueva casa de postas de Königsberg al este de Prusia.

dolor por qué en el *Cisne de Plata* se divertían tanto aquellos pobres bebedores, mientras él se hastiaba de todo cuanto veía. En estas ocasiones, no bien llegaba á su casa, cuando se metía en la bodega y bebía tan copiosamente, que sus criados tenían que llevarle á la cama. La verdad era que estaba cansado de representar el papel de caballero, y que los demás se hallaban muy poco dispuestos á reconocerle por tal: además se había vuelto tan perezoso, que solo en casos de urgente necesidad se cuidaba de llenar sus arcas. Gertrudis tuvo al principio bastante ocupación con el exámen de las alhajas de la condesa, y con disponer que sus doncellas hiciesen trages para ella de las muchas piezas de brocado y terciopelo que había en el guarda-ropa; pero todo llega á fastidiar en este mundo, y ya se iba también cansando de verse precisada á mudar tres trages al día, y con frecuencia le asaltaba la peligrosa tentación de empuñar la escoba y limpiar la casa, con el único objeto de matar el tiempo. En cuanto á los niños, debemos decir que crecían como la mala yerba, sin ninguna especie de cultivo. Como la riqueza de sus padres era inmensa, se les daba todo cuanto apetecían, á fin de acallar sus incansables alaridos, supuesto que sus caprichos y antojos no tenían fin. Juan poseía un carrito de cedro incrustado de nácar, la niña Gertrudis una muñeca adornada con finísimos encajes de Malines; Ulrico una cometa de tafetan verde, cuyo rabo ostentaba en la punta un hermosísimo rubí. Pero nada les bastaba, y continuamente hacían añicos los juguetes, como si adivinasen que el gorro paternal era un pozo inagotable de riquezas. Indolentes como todos los niños mimados, eran también ariscos y de malas intenciones, y como siempre estaban jugando, no tardaron en fastidiarse de sus juegos.

Tal era la monótona existencia que arrastraba la familia Kellermain, cuando felizmente llegó á su rica morada un mensajero del gran personaje á quien Gaspar había obsequiado en su banquete del *Cisne de Plata*. Aquel mensajero era portador de los títulos de nobleza que tanto había anhelado el hostalero. Este corrió á buscar á su muger, y la dijo:

—Dime, dime al momento, ¿á qué me parezco?

—¿A qué te pareces? respondió Gertrudis con enfado al oír tan estúpida pregunta: á un hipopótamo.

—Baronesa, repuso Gaspar, ya soy noble por cuatro costados, y por lo mismo no puedo asemejarme á un animal de cuatro patas.

Hablando así, se acercó á un espejo para contemplarse á sabor, y no pudo menos de añadir cándidamente:

—Pues señor, no veo gran diferencia entre el hostalero Gaspar y el rico baron de Kellermain.

Gertrudis alborotó la casa con sus chillidos de alegría, pues no era todavía bastante gran señora para desmayarse, y se arrojó á los brazos de su noble esposo, quien le pareció desde entonces el hombre mejor formado y de mayor talento del mundo. Todos sus sueños se habían realizado, y la condesa, la altiva condesa, no tendría ya el menor derecho para despreciarla. Porque ¡cosa extraña! los desaires de la ilustre familia arruinada habían penetrado profundamente en su corazón: semejante al gusano roedor, que poco á poco destruye la planta en cuyo seno penetra, el dolor que aquellos desaires le habían hecho sentir, emponzoñaba sin descanso el bienestar de su envidiable situación.

El nuevo noble quiso obsequiar cumplidamente al mensajero de su protector personaje, hizo sentar á su mesa, y ambos desocuparon sendas botellas del más exquisito y viejo mosto de la bodega. Después de tres días de cuchipanda y bigotera, le despidió entregándole un suntuoso regalo para el cortesano influyente, y le dió un bolsillo repleto de oro para que bebiese á su salud en todas las hosterías que encontrase en el camino; recuerdo característico de su antiguo oficio, que dejó en el ánimo del mensajero una impresión profunda de la generosidad del escéntrico baron, ó mas bien de su estremada llaneza y escasa dignidad.

Al atravesar el pueblo la casualidad le hizo distinguir la muestra del *Cisne de Plata*. La casualidad de saber algo respecto al personaje que acababa de festejarle con tanta liberación, y el natural deseo de cumplir las intenciones del que tan henchida bolsa le había regalado, le obligaron á entrar en la sala común de la hostería y á mezclarse entre los aldeanos que en ella se hallaban. Cuando llegó á entender que el flamante baron había sido dueño del establecimiento del *Cisne de Plata*, se esplicó muchas cosas, pero crecieron de todo punto su admiración y su sorpresa al saber las inmensas riquezas que al parecer poseía. No tuvo pues reparo en mostrar el regalo

que llevaba y el bolsillo de oro que legítimamente le pertenecía, deduciendo de todo que, por grandes que fuesen las utilidades que sacan los posaderos en general de sus huéspedes, debían poseer, en aquel rincón del mundo, para enriquecerse tan pronto, algún secreto maravilloso, desconocido para el resto de la Alemania.

Ningun aldeano pudo acertar el enigma, porque la súbita elevación de la fortuna de Gaspar había sido para todos una cosa incomprensible. Al descubrir pues que era mucho mas rico que lo que ellos se habían figurado, sacaron la consecuencia de que había vendido su alma al diablo, y con la ma-

de murallas y antiguamente tenía cuatro puertas, dos al Norte y dos al Sur, defendidas por otras tantas torres, de las cuales existían dos hace pocos años, una en la puerta de Chartres y otra en la de París, aunque ya han desaparecido del todo, para dejar sitio á otras construcciones mas en armonía con los costumbres actuales. Los muros que formaban el cerco estaban flanqueados de torrecillas, y aun hoy día permanecen algunas en pie hácia la parte del Norte. Aquel dominio era, por consiguiente, una verdadera plaza de armas, cuya protección alcanzaba á todos los vasallos del señor feudal.

Se ignora la época de la fundación del señorío de Bris. Dícese en un manuscrito de la Biblioteca Real que Pipino el Breve, algun tiempo antes de su muerte, acaecida en 768, donó el dominio á la abadía de San Dionisio. D. Felibiano, en su *Historia de San Dionisio*, dice que el señorío estaba situado en un extremo del bosque de Iveline. En fin, sea cual fuere su origen, la importancia del dominio feudal no ha sufrido grandes cambios, pues á escepcion de algunas casas nuevamente construidas, continúa en sus antiguos límites, y su población no ha variado tal vez de cincuenta habitantes desde la época de las Cruzadas.

En el siglo XIII, bajo el reinado de San Luis, la castellania de Bris, que había cesado de pertenecer á los monjes de San Dionisio hacia ya doscientos años, era propiedad de Juan de Bris, caballero afamado por su bravura en la última Cruzada, en la que siguió las banderas de Luis IX. Este le había concedido en recompensa muchos privilegios. Su esposa, Jaquelina de Trie, no era menos célebre que él, aunque por distinto estilo, pues su piedad, su dulzura y su beneficencia la hacían el ídolo de cuantos vivían á su lado. Durante la ausencia de su marido en Palestina fundó hácia el norte de su señorío una iglesia bajo la advocación de la Santa Cruz.

Juan de Bris, desde su regreso á la Tierra Santa, vivía tranquilamente en su castillo feudal, con su virtuosa muger y su hijo Roberto, que revelaba ser un digno heredero del valor de su padre y de la piedad de su madre. A su lado crecía también la jóven Margarita de Trie, sobrina de Jaquelina: había perdido á su madre al nacer, y su padre había muerto en la batalla de Masoure. Escusado nos parece asegurar que, alentada con el ejemplo de su tia, la jóven de Trie aventajaba en virtud tanto ó mas que en las labores de su sexo.

Ambos jóvenes se amaban con consentimiento de los padres de Roberto, y este saboreaba la dicha de ser muy pronto esposo de su amable prima; Margarita, por su parte, bordaba esmeradamente el traje que su prometido debía vestir el día de la boda.

Eran pues felices los dos amantes; pero nunca el cielo se muestra tan puro, que no llegue á oscurecer alguna nube su diáfana claridad.

Una noche vió en sueños Margarita un ángel vestido de blanco junto á su almohada; el mensajero celeste la dijo que era la voluntad de la Virgen no tomase por esposo á un hombre que no hubiera visitado los Santos Lugares y orado por espacio de nueve días sobre el sepulcro de Jesucristo. Margarita se despierta sobresaltada, mira en torno suyo, pero nada ve; el ángel había desaparecido llevándose sus alegrías, porque Roberto no había estado en Jerusalem: era muy jóven para acompañar á su padre en la última Cruzada; y si por ella llegaba á emprender aquel viaje, ¡á cuántos peligros no se vería espuesto! Regó su lecho de amargas lágrimas, y al amanecer se dirigió á la iglesia parroquial para arrojarle á los pies de la Santísima Virgen, y rogarle que no exigiese tan grande sacrificio.

Al volver al castillo encontró á Roberto que la esperaba con impaciencia.

—Buenos días, prima, la dijo. ¿De dónde vuelves tan de mañana? Te he buscado por todas partes, pero... ¡qué pálida te veo!... ¿Estás enferma?

—No, primo mio, contestó la jóven; no estoy mala, pero no he podido descansar esta noche.

—Pero has llorado. ¡Ah prima! Tú padeces y me ocultas tus penas... ¿Qué es lo que te hace derramar lágrimas? ¿Las causo yo, cuando daría toda la sangre de mis venas por verte alegre y contenta?

—¡Ah! Eres injusto, Roberto; nada me has hecho, y yo soy dichosa: una pesadilla ha turbado mi sueño por algunos instantes: pero no pensemos en ella.

Roberto no insistió; pero aunque puso el mayor empeño en tranquilizar á su amada, no pudo conseguirlo: Margarita, sin embargo, hacia increíbles esfuerzos para corresponder á sus cuidados; pero las palabras del ángel se presentaban á



El Cisne de Plata.

yor prudencia bendijeron su propia suerte que les libertaba de la tentación de adquirir semejantes riquezas por tan reprobados medios. Todos hicieron en consecuencia la señal de la cruz, y el mensajero prosiguió su camino tentado y retentado las sonantes piezas de oro de su bolsillo y temiendo verlas á cada instante convertidas en guijarros, ó en otra cosa peor.

Entre tanto, Miguel, el nuevo propietario del *Cisne de Plata*, se sonreía solapadamente al escuchar las necesidades de los aldeanos, y murmuraba rascándose la cabeza:

—Los Kellermain son ricos; Gaspar es baron... Muy en-



Vista tomada desde el reducto de Smol sobre el Wenningbond.

horabuena... Eso durará poco... Allá lo veremos... No es mal diablo el de Gaspar... ¡Como yo lo atrape!... Ya lo atraparé... Lo principal está hecho... Conocer al diablo de Gaspar... Y yo lo conozco.

(Continuará.)

**ROBERTO DE BRIS.**

Los señores que llevaron este nombre fueron en otro tiempo poderosos barones, que mas de una vez atacaron el poderío de los reyes de Francia, hasta tal punto, que Luis el Gordo se vió obligado á contar con su alianza.

El dominio de Bris, tal cual hoy se ve, se halla cercado





con berza y arenques salados. Pero volviendo á nuestra anterior conversacion, no podemos aceptar vuestra oferta, porque el reglamento nos prohíbe tomar la mas mínima cosa de los particulares á quienes vamos á prender.

—Lo sé muy bien; pero el reglamento no os prohíbe aceptarla, y de tomar á aceptar hay una gran diferencia.

—No dejais de tener razon, por lo cual....



El ladrón de la corte.

—Vamos; empezad á comer sin tantos preámbulos. Mientras tanto conversamos, y acabaré por daros á conocer á vos, porque deseo merecer vuestra estimacion, así como estoy seguro de que ganareis la mia.

—Sois muy atento para ser ladrón.

—¿Ladrón?... ¿Aun creéis.... vaya, vaya, bebamos juntos; y mientras dais al estómago un excelente refuerzo que por otra parte nadie sabrá, yo os probaré que soy un honrado ciudadano.

El sargento miró á sus soldados como interrogándoles. Dos se habian sentado ya á la mesa, creyendo desde luego ter-



El ladrón de la corte.

minada la discusion ventajosamente para el anfitrión, y habiéndose sentado tambien el jefe, los otros seis le imitaron.

Boleslao trinchó los asados, y sirvió de copero á sus huéspedes. Hallando deliciosos los primeros bocados, le dijo el sargento con aire mas amable y mirándole bondadosamente:

—Veo bien que eran falsas las señas de mi apuntacion, porque no teneis los ojos azules.

—No, son pardos: ¿y los vuestros?

Y esto diciendo le escanciaba mas vino.

—Basta, basta, paisano.... ya está hasta el borde.... Pues ¡y vuestra nariz, y vuestra boca!.... Cá! ni con mucho.... ¡Cristo! que vino! no se bebe igual en el Paraiso; ¿como le llamais?

—Del Chateau Margaux. (1)

—¿Margaux? No conozco en este pais tal posesion; pero quien quiera que la posea, debe ser muy respetado por sus amigos.

—¡Oh Dios mio! ¡Si es mi amigo, el arzobispo de Upsal, quien me ha hecho este regalo últimamente!

—El arzobispo! ¿El presidente del senado?

—El mismo.

Entonces, por un movimiento casi mecánico, todos los soldados se descubrieron poniendo sobre los bancos sus cascos de cuero.

—Escusadme, señor barón, balbuceó el sargento aturdido, ha osado tomar á un amigo del arzobispo por.... El imbécil de mi capitán es el responsable de este absurdo. Me dijo: esta es la pura verdad: «Frick (así me llamo), el burgo-maestre ha sabido por algunos espías que Boleslao vive en los alrededores del bosque de Upland; dirigete secretamente allá, y si puedes echarle mano eres rico para toda tu vida.»

—Entonces....

—Habeis desempeñado vuestra mision con toda la destreza de que he sido testigo.

—¡Diantre! respondió friamente el sargento.

—Vuestro capitán no se equivocaba enteramente, si os lo he de decir todo. Solo tres meses hace que Boleslao no habita aquí.

—¡Ah! ¡bah!

—Uno de sus misteriosos agentes me ha vendido esta casa donde he fundado un gran establecimiento útil á mi país.

—Sí, sí; ya comprendo la historia del *quid pro quo*.... ¿Y el jefe de los ladrones?

—Se ha retirado, segun creo, á la Vestmania, treinta leguas de aquí.

—¡La Vestmania! repitió el sargento. No sé á qué lado cae la Vestmania.

—Preguntareis. En cuanto á mí os he prometido daros á conocer á vos, y voy....

—No, no, señor conde! Unicamente os rogamos nos escuseis las insolentes palabras....

—Hace ya tiempo que os las he perdonado, mis amigos; vosotros cumplís vuestro deber.... pero, sargento, ¿no bebeis?... llenad vuestro vaso.

—¡Oh diablos!.... ya lo he hecho, monseñor; y por cierto que no sé donde estoy en este momento ni cómo daremos mis camaradas y yo la vuelta á Stokolmo.

—No os apureis por tal bagatela. Yo poseo el secreto de arreglarlo todo, y quiero haceros un buen servicio, indicándoos un medio seguro de prender á Boleslao.

—¡Ah, pardiez! Eso seria magnífico.

—Algunos mercaderes ambulantes, que creo pertenezcan á su cuadrilla, decian el otro dia á su paso por aquí que el famoso bandido vive en Stokolmo, en una casa inmediata á la del burgo-maestre.

—Bien, ya caigo. Justamente vive allí cerca, en una bohardilla, mi querida.... una rubia de diez y nueve años que hace calzas de pellejo.

—¿Como se llama?

—Margarita Lauder.

—¡Ay, mi pobre sargento!.... permitidme que me riá de esta aventura. Justamente esa Margarita Lauder es la que por sus indiscreciones de muger ha descubierto el asilo de Boleslao.

—¿Ella le conoce?

—¡Pues no! Es su amante al mismo tiempo que vos.

—¿Qué decis? ¿Me venderia por ese malvado?

—¡Son las mugeres tan caprichosas!

—Pero... ¡por el sacramento de la Eucaristia! no se me arrima la camisa al cuerpo. Parto al instante! voy á hundir mi espada en el corazon de Margarita. ¡Mi cabeza hierve como una caldera! ¡iba á casarme con ella!

—Calmaos, sargento, calmaos. Voy á subir á mi gabinete; os traeré una carta para el burgo-maestre, y con las órdenes que este os dé tendreis la gloria de prender á vuestro rival y á vuestra infiel amante.

—¡Ah! ¡qué golpe tan magnífico! Id aprisa, monseñor; despacharé esta botella de sangre de Cristo esperándoos.

Boleslao volvió pocos instantes después, y entregó al esbirro una carta cerrada diciéndole:

—La noche se acerca; acompañadme hasta el bosque con vuestros soldados, y vereis á mis leñadores que deben regresar del trabajo. Me alegraré mucho de que hagan conocimiento con vos, porque puede algun dia serles útil.

—Con mucho gusto; pero partiré en el acto, porque tengo en el corazon una serpiente que me le desgarrará furiosa. ¡Oh! ¡las mugeres! ¡las mugeres! ¿para qué criaria Dios las mugeres?

En seguida salieron cojidos del brazo para poderse sostener. A una voz de Boleslao sus camaradas se les reunieron llevando sus hachas como si en aquel instante abandonarán el trabajo.

—Magog, dijo en voz baja Boleslao á su segundo, haz poner cuatro vigorosos caballos á nuestro carruaje de las provisiones.

—Al punto, capitán, respondió este alejándose.

—Mis queridos obreros, dijo Boleslao volviéndose á sus amigos, tengo el placer de presentaros á Mr. Frick y á sus invencibles compañeros que, habiéndose venido en ayunas, han festejado ampliamente mi chateau-margaux, por cuya causa tienen la cabeza en bien mala disposicion; y como yo no quiero que se estravien, lo que pondria muy en ridiculo á la policia, vais á desempeñar el mismo papel que á ellos habia

(1) Chateau, en esta ocasion, significa casa de campo, propiedad rural.

sido encomendado. Ellos venian aqui para prendernos... dos de vosotros los acompañareis hasta Stokolmo, en carruaje, para que no se pierdan.

Esta atrevida chanza arrancó una inmensa carcajada á todos sus oyentes.

—Monseñor, dijo el sargento con su aire de bruto, cualquiera creeria que se burlan de nosotros.



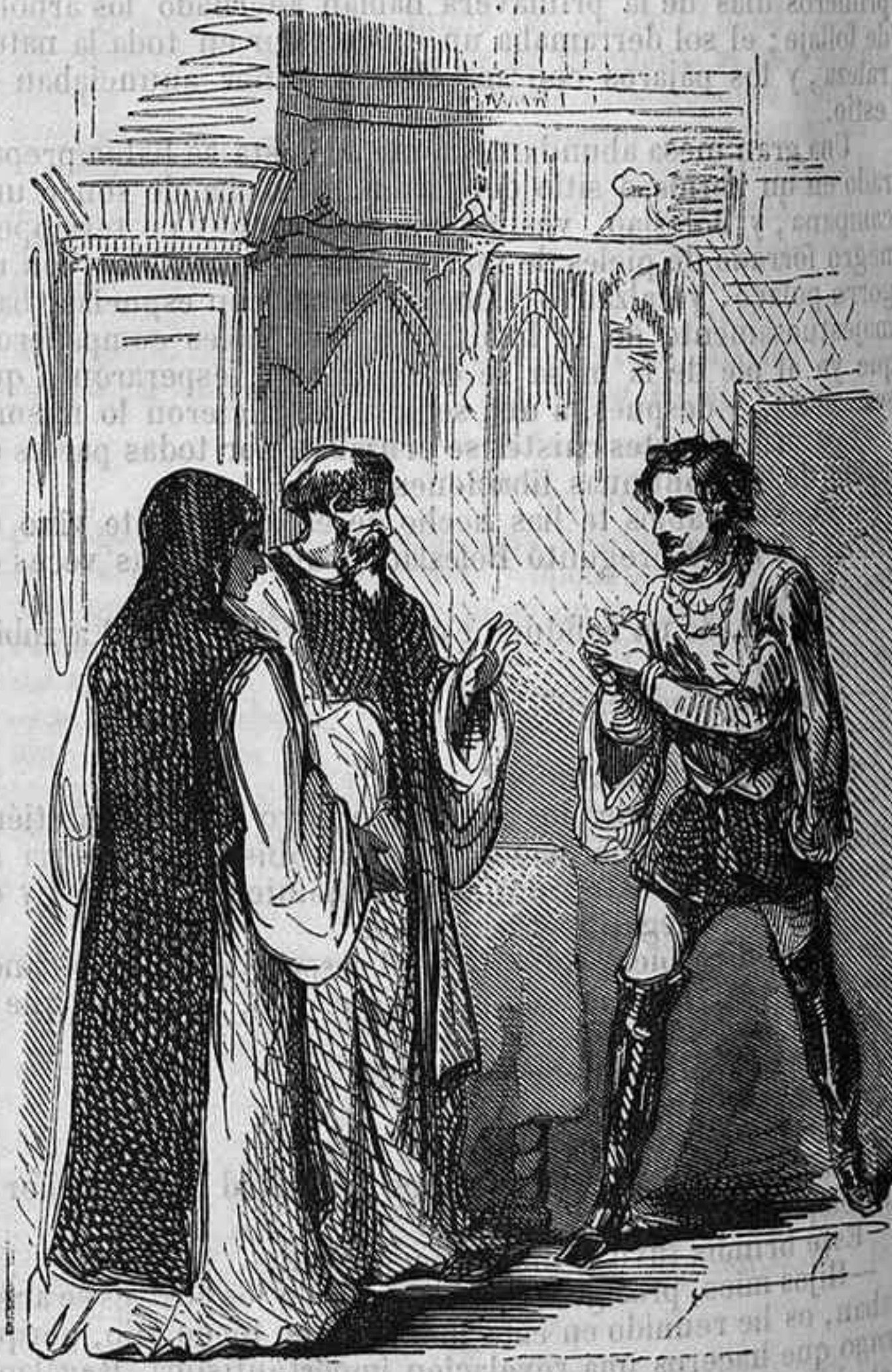
El ladrón de la corte.

—Bien puede ser.

El carruaje llegó ya enganchado.

—Vamos, mis leñadores, cojed á todos estos héroes, colocadlos bien en el fondo, y tened cuidado de que no se hieran con las armas, porque seria peligroso. Arrea, carrero.

Todo esto se ejecutó en medio de los mas cómicos ademanes y chistes. Los ocho hombres y el sargento, disputándose un lugar en que cabrian cuatro á tres tirones, rodaron uno sobre otro en aquel estrecho baul, y jurando como condenados, llegaron á las dos horas dislocados y heridos á la capital.



El ladrón de la corte.

Boleslao volvió á entrar alegremente en su propiedad, seguido de los demás ladrones. Después cada uno se entregó al sueño.

La siguiente mañana, como Boleslao dijese que habia mandado una carta al burgo-maestre, su teniente le preguntó qué le habia escrito.

(Se continuará.)